

ANTE LA SEMANA CATEQUISTICA NACIONAL DE TRUJILLO

Nos. DOCTOR ACACIO CHACON

por la Gracia de Dios y de la Silla Apostólica, Arzobispo de Mérida, al M. Vble. Sr. Deán y Capítulo Metropolitano, al Clero y fieles de la Arquidiócesis: Salud en el Señor.

El Episcopado Venezolano acordó, con motivo del primer Congreso Catequístico, que en nuestra Arquidiócesis se celebrara la primera Semana Nacional de Estudios Catequísticos. Estas letras van a decirnos que, con la ayuda de Dios, nos proponemos cumplir esta disposición del Episcopado patrio, honrosa en extremo para la Iglesia que ha sido confiada a nuestro cayado pastoral.

Queremos aprovechar esta oportunidad para insistir sobre la necesidad de la enseñanza del Catecismo. Y decimos insistir, porque hace ya años que largamente os hablamos, en Carta Pastoral, de esta misma materia. No os sorprenderá que volvamos sobre ella, pues su importancia es permanente y la necesidad de esa enseñanza para las almas es comparable a la del alimento para sostener la vida corporal.

En aquella sublime plegaria que, la víspera de padecer, pronunció el Sumo Maestro y que nos ha conservado San Juan en su Evangelio, hallamos estas profundas palabras: "**Haec est vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem missisti Iesum Christum**". "Esta es la vida eterna: que te conozcan a tí, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste". De consiguiente, jamás podrá tener la vida eterna el que carezca de este conocimiento del verdadero Dios y de su Enviado Divino.

Hemos venido a esta vida para realizar un fin, aquel supremo fin que se propuso el Creador al darnos la existencia y al elevarnos al orden sobrenatural, a saber, conocerlo, servirlo y amarlo en esta tierra y gozar después de él en el cielo. Estamos absolutamente obligados, como criaturas que somos, a conseguir ese objetivo. Conocer, pues, a Dios y saber qué debemos hacer para servirlo y amarlo debidamente, es cosa esencial en nuestra vida. Todos los otros

conocimientos humanos, por altos y bellos que sean, no tienen la importancia de éste, ni es un deber de todos y cada uno de los hombres el adquirirlos. Ninguno en cambio, podrá considerarse exento de obtener el conocimiento de las verdades religiosas, porque a ningún hombre le es lícito variar el fin para que fué creado.

Bien sabéis que los conocimientos relativos al Dios verdadero y a su divino Enviado, Jesucristo, en los que consiste la vida eterna; los conocimientos referentes al modo como es preciso servir y amar al Señor, se encuentran recopilados en ese pequeño libro, llamado Catecismo. Ignorar, pues, ese libro es comprometer nuestra salvación, exponernos a no conseguir el fin último de nuestra vida. Tenéis, por tanto, amados hijos, la obligación ineludible de esforzaros en el estudio constante y detenido de la Doctrina Cristiana.

En nuestro tiempo, ese estudio continuo se ha hecho, si cabe, más necesario. Corren ideas del todo opuestas a la fe que profesamos, astutamente disfrazadas bajo apariencia de ciencia o de mejoramiento humano; las costumbres se han relajado de modo escandaloso; los placeres, diversiones y apetitos tienden a desviar cada vez más a los hombres de las verdades y aspiraciones eternas para sumergirlos en fangales de sensualidad y de materialismo. Fácilmente seréis arrastrados a esos caminos de perdición si no mantenéis vivas en vuestras mentes las enseñanzas religiosas, contenidas en el Catecismo.

Abundan hoy los que hacen profesión de incredulidad. Si estos tales analizaran con serena imparcialidad sus propias conciencias encontrarían que esa pretendida incredulidad, antes que a motivos racionales, obedece muchas veces a una ignorancia lamentable acerca de la religión: **blasfeman de lo que ignoran**. Y precisamente por que ignoran el Catecismo, lo ven con desprecio, como si se tratara de un libro apropiado sólo para niños y para las gentes rústicas, algo así como los textos de lectura de las escuelas primarias. La doctrina que ese libro encierra, bajo fórmulas a primera vista muy sencillas, es tan sublime que muchos

pensadores alejados de la fe católica no han podido ocultar su admiración cuando, prescindiendo de prejuicios, han escrito con plena sinceridad: "Hay un pequeño libro — dice uno de éstos, afiliado al racionalismo— hay un pequeño libro que se hace aprender a los niños y sobre el cual se les interroga en el templo: leed ese librito, llamado el Catecismo, y allí hallaréis una solución a todas las cuestiones que en la enseñanza de la filosofía yo os he propuesto, a todos, sin excepción alguna. Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana: él lo sabe; a dónde va ella: él lo sabe; cómo va: él lo sabe. Preguntad a este pobre niño, que jamás en su vida ha pensado, por qué se encuentran en esta tierra y qué será de él después de la muerte, y os dará una respuesta sublime, que quizás no comprenda, pero que no por ello es menos admirable. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo y para qué fin; por qué Dios ha puesto en él animales y plantas, cómo ha sido poblado el planeta, si por una sola familia o por muchas; por qué los hombres hablan lenguas distintas, por qué sufren, por qué luchan y cómo acabará todo esto: él lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, cuestión de razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación, nada de esto ignora; y cuando ese niño llegue a ser grande, no dudará acerca del derecho de gentes, porque todo esto surge, todo esto fluye, con claridad y como por sí propio, del cristianismo".

Hemos querido traer a esta carta esas palabras de un escritor no católico porque ellas ponen de relieve cómo el Catecismo aun considerado desde un punto de vista meramente intelectual, sin relacionarlo de modo expreso con nuestra salvación, sería ya digno de esmerado estudio y no podría mirarse con indiferencia o con desprecio, como si sólo fuera apto para las inteligencias menos adelantadas. ¿Qué pensar y qué decir si tenemos en cuenta que ese librito nos ofrece todas las enseñanzas necesarias para obtener nuestra salvación eterna?

Al deber de los fieles de adquirir el conocimiento del Catecismo, corresponde la obligación de los pastores de almas de suministrar esa enseñanza. "Ite et docete omnes gentes", "id y enseñando a todas las gentes" fué el mandato que nuestro Señor Jesucristo dió a sus apóstoles y, en ellos, a todos sus sucesores en el sacerdocio. La Iglesia, obediente a esta voluntad de su Di-

vino Salvador, ha determinado en los sagrados cánones cómo deben los pastores de almas satisfacer este grave deber. La Instrucción Pastoral vigente ha reglamentado más en particular lo que el Código de Derecho Canónico dejó al cuidado de los obispos. No vamos ahora, amados cooperadores, a hacer un recuento de esas leyes y preceptos, pues los conocéis muy bien. Tenemos, además, la satisfacción de saber que todos los Párrocos de la Arquidiócesis se esmeran en cumplir con esta gravísima obligación. Y abrigamos la esperanza de que ninguno de ellos desmayará en esta difícil e importantísima tarea y de que cada uno se esforzará en realizarla con la mayor perfección posible. "Dignos sin duda son de elogio, decíamos en otra ocasión, los Párrocos que construyen templos suntuosos, ornamentan decorosamente sus iglesias, se esmeran en el aseo y pulcritud de las mismas, fundan sociedades piadosas, celebran con gran pompa las festividades litúrgicas; pero todo esto, por laudable que sea, no iguala en mérito ante Dios y ante la Iglesia a la obra que el Párroco realiza al instruir a sus feligreses en la Doctrina Cristiana. Y todos aquellos trabajos serán vanas apariencias si en las almas de la Parroquia imperan las sombras de la ignorancia religiosa. ¿De qué sirve el edificio magnífico de un templo si los que van a él no conocen las verdades por las que el templo vale?"

Tarea ardua es esta de la Catequesis parroquial, especialmente la de los niños. Ella no debe limitarse sólo a hacerles conocer las verdades de la fe, sino que debe tender a formarlos en la vida sobrenatural, a educarlos en la vida cristiana. Y hay que procurar que esa formación, que esa educación religiosa obtenga la máxima eficacia, previendo desde ahora ese lamentable descuido que advertimos de parte de muchos cristianos; los cuales, salidos de la infancia y entregados a ocupaciones diversas, abandonan esa labor de la propia formación religiosa. "Adolescens iuxta viam etiam cum senuerit non recedet ab ea", "la senda por la cual comenzó el joven a andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo", nos enseña el libro de los Proverbios. Si pues, nos esmeramos en la catequesis de los niños, podemos abrigar la esperanza de que aun aquellos que en la edad viril descuiden sus deberes religiosos, volverán en cualquier momento sobre sus pasos y aprovecharán entonces las enseñanzas que, en los primeros años de la vida,

depositó en sus almas la palabra del catequista.

Dadas esa importancia y trascendencia de la Catequesis parroquial, nos ha parecido muy oportuno que la Semana de Estudios, antes mencionado, verse sobre ella. Con tal fin, hemos formulado el temario que aparece, al pie de estas Letras.

El Episcopado Venezolano, en el acuerdo que al principio citamos, reservó a Nos fijar el lugar de la Arquidiócesis en que habrá de celebrarse la predicha Semana. Teniendo presente que la ciudad de Trujillo además de los títulos gloriosos que la decoran en nuestros anales, se ha distinguido siempre por su fe y por su piedad, la hemos escogido como sede de esa Asamblea Catequística. No dudamos de que esa ilustre ciudad corresponderá con su entusiasmo y su tradicional hidalguía a esta distinción que nos hemos propuesto hacerle. Esa Semana se verificará durante la segunda quincena de enero del próximo año, en los días que determine el Comité Organizador.

Para preparar esa Semana hemos constituido un Comité Central en esta ciudad, formado por nuestro Vicario General y por los Pbro. Dr. José Rafael Pulido Méndez, Dr. Luis Negrón Dubuc, Lic. Emiro Fuenmayor, Rafael Lamus, y RR. PP. Cirilo María Rezola, S. J. y Clemente Aparicio C. S. R. Colaborará con este Comité Central otro que funcionará en Trujillo, el cual estará formado por Mons. Dr. Estanislao Carrillo, y por los Pbro. Dr. Rafael Chacín Soto, Dr. Rafael María Villasmil, Vicente Valera M., Salomón Paulini y Fausto Gori. Estos Comités podrán nombrar todas aquellas Juntas o Subcomités que consideren convenientes para el mejor logro del fin.

Los frutos primordiales que de esa Se-

mana Nacional de Estudios esperamos son la intensificación de la Catequesis parroquial y la mayor eficacia en el modo de realizarla. Para obtener estos frutos, servirán poderosamente los trabajos que allí se presenten y las conclusiones a que se llegue. Pero todo ello será palabra vana si el Señor no nos dispensa su gracia. "Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed, qui incrementum dat, Deus". Os exhortamos, por tanto, a que dirijáis frecuentes y fervorosas oraciones durante este año a fin de que el Señor se digne mirar con complacencia estos esfuerzos y los bendiga copiosamente. Implorad, amados hijos, para la futura Semana de Estudios Catequísticos los auxilios maternales de la Virgen Santísima: pedidle que ilumine las mentes de los que concurren a esas reuniones y avive siempre más en sus corazones el fuego del celo apostólico para que hagan conocer mejor y amar con mayor ardor al único Dios verdadero y a su divino Enviado, Jesucristo, en lo que consiste la vida eterna de las almas.

Estas nuestras Letras serán leídas en la Santa Iglesia Metropolitana y en las parroquiales y filiales, durante las misas de hora, el primer día festivo siguiente a su recibo.

Dadas, firmadas, selladas y refrendadas en nuestro Palacio Arzobispal de Mérida, a los diez y nueve días de marzo de mil novecientos cuarenta y seis, Festividad de San José.

† **ACACIO, ARZOBISPO DE MERIDA.**

Por mandato del Excmo. Sr. Arzobispo,

José R. Pulido M., Pbro.

Secretario de Cámara.

